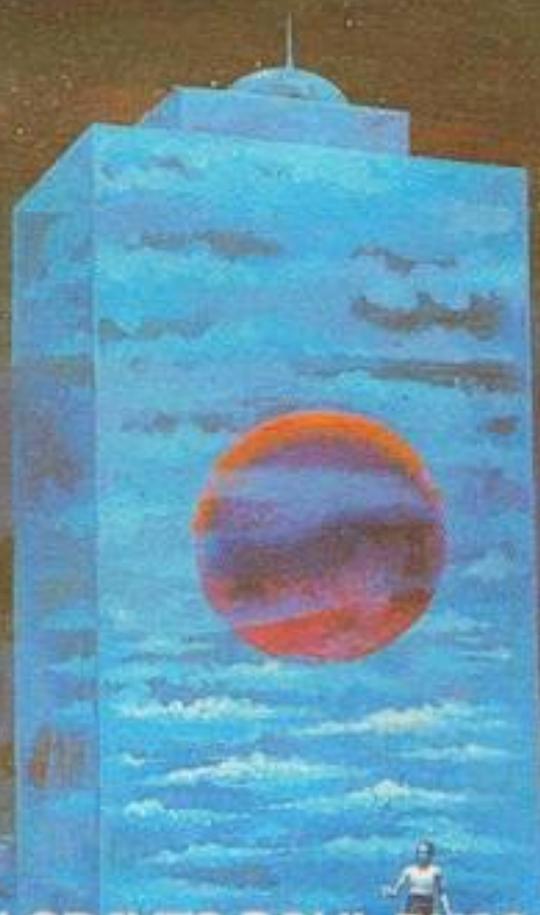


CIENCIA FICCION

SELECCION 35



AICKMAN · GRAVES · POHL · RUSS · WILHELM

Esta selección incluye un relato extenso de Kate Wilhelm, ganadora del último Premio Hugo por su novela *Donde solían cantar los dulces pájaros*; una poética incursión en el universo lovecraftiano a cargo de Joanna Russ (autora de *El hombre hembra*); un insólito relato del gran poeta británico Robert Graves; una colaboración póstuma de Frederik Pohl (ganador del último Premio Nebula por su novela *Homo Plus*) con el prematuramente fallecido C. M. Kornbluth; y, para terminar, la novela corta *Páginas del diario de una adolescente*, de Robert Aickman, ganadora del premio a la mejor narración en la Primera Convención Mundial de Fantasía, celebrada en Providence.

Una selección realmente excepcional de narraciones procedentes de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en su género.

Contenido

Presentación: *Fantasía y verdad*, Carlo Frabetti.

¿Qué les sucedió a los olmecas? (Whatever Happened to the Olmecs?), Kate Wilhelm, 1973.

Mi bote (My Boat), Joanna Rus, 1976.

Las botellas del muerto (Dead Man's Bottle), Robert Graves, 1961.

La reunión (The Meeting), Frederik Pohl y C. M. Kornbluth, 1972.

Páginas del diario de una adolescente (Pages From a Young Girl's Journal), Robert Aickman, 1973.

PRESENTACIÓN

Fantasía y verdad

La narrativa fantástica y de ciencia ficción, a menudo considerada como un mero entretenimiento, o incluso una forma de «evasión», tiene, sin embargo, la virtud, cuando es buena (y a veces incluso cuando no lo es), de hacernos ver con otros ojos cosas que dábamos por supuestas con demasiada ligereza, arrojando una nueva e insólita luz sobre determinados rincones de nuestro entorno e incluso, quizá, de nuestra mente.

Tal vez el aspecto más sugestivo —y culturalmente válido— de este tipo de narrativa «irrealista» sea precisamente el de impugnar un concepto demasiado rígido y preconcebido de «realidad», una discriminación demasiado tajante —y por ende maniquea— entre lo «verdadero» y lo «falso».

Especialmente inquietantes, en este sentido, son los relatos en que es difícil (o totalmente imposible) determinar si lo narrado es algo realmente fantástico... o fantásticamente real; este tipo de narraciones —de las que la presente selección ofrece alguna muestra— parecen querer recordarnos que tanto nuestros sentidos como nuestras concepciones distan mucho de ser totalmente fiables, y que la barrera que separa lo real de lo fantástico es bastante relativa, inestable y engañosa.

E incluso los relatos decididamente fantásticos hacen a menudo hincapié en la relatividad de nuestros valores, ya

sea valiéndose de la ironía, del lirismo, o, sobre todo, del simple y específico recurso de estimular nuestra imaginación, esa imaginación que todos los dogmatismos condenan porque es lo que distingue a un hombre de un lacayo.

«La imaginación es la loca de la casa», decía reprobatoriamente una insigne defensora de la verdad revelada. «La imaginación al poder», replican los jóvenes revolucionarios de nuestro tiempo, que no admiten más verdad que la que obtengamos mediante una búsqueda constante y libre de prejuicios.

CARLO FRABETTI

¿QUÉ LES SUCEDIÓ A LOS OLMECAS?

Kate Wilhelm

Kate Wilhelm, de quien ofrecimos, en nuestra 7.ª Selección, la excelente novela corta Extraño en la casa, ha ganado recientemente el último Premio Hugo por su novela Donde solían cantar los dulces pájaros.

En el siguiente relato, la autora nos brinda una magnífica muestra de la fina sensibilidad, el vigor narrativo y la combatividad que caracterizan toda su obra.

Tony alzó la cabeza con impaciencia al sentir un golpecito en su hombro. Estaba montando un filme que debía tener listo para las ocho, y no tenía tiempo que perder.

—Ya me encargo yo de eso —le dijo Morris—. Está aquí tu padre. Parece que tiene algo importante que decirte.

—¡No toques esa película! —dijo ella secamente, levantándose; luego preguntó—: ¿Mi padre? ¿Aquí?

—Al menos él dice que es tu padre, querida. ¿Por quién me tomas? ¿Por un poli? ¿Pretendes que obligue a todo el que venga a verte a enseñar su documentación?

—Vuelvo en seguida —dijo ella—. ¡Mientras tanto, deja estar la película!

Encogiéndose de hombros, Morris se dirigió con ella hacia la puerta. El despacho de la joven daba a un atestado estudio, donde una media docena de hombres y mujeres con tejanos trabajaban en el plató o esperaban la sesión de las ocho. En un rincón Tony vio a su padre, que parecía completamente desplazado en aquel lugar. Corrió hacia él, exclamando:

—¡Papá! ¿Qué haces en Nueva York?

El hombre la besó en la mejilla.

—Tengo que hablarte —respondió simplemente. Era un hombre de unos cincuenta años, de ensortijado cabello negro, que pesaba unos cuantos kilos más de lo debido. Hizo tintinear con una mano las monedas que llevaba en su bolsillo mientras con la otra tomaba a su hija del brazo, mirando hacia todos lados con aire azarado.

Ella lo condujo hasta su despacho y cerró la puerta. La mayor parte de los que estaban en el estudio los contem-

plaron con curiosidad. Sabían que el padre de Tony había ganado el Nobel por su estudio sobre los quasars, y la joven esperaba que nadie le pidiera su autógrafo cuando se fuera.

—Tony —empezó él—, yo... —se dejó caer pesadamente en una silla, tomó un cigarrillo y miró a su hija.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. Te creía en la costa.

—Me marcho ahora mismo. He venido para hablar contigo.

Tony se sentó también, sintiendo que su tensión disminuía. Cuanto más agitado se mostraba su padre, más calmada se sentía ella.

—Se trata de Justin, Tony —prosiguió el hombre—. Estoy muy preocupado por él. Necesito tu ayuda.

—¿Justin? —Tony apretó las mandíbulas; encendió muy lentamente un cigarrillo antes de preguntar—: ¿Qué le ocurre?

—Ha desaparecido. Desde hace tres meses. Se fue un buen día, y no regresó. Y ahora empieza a hablarse de peligro con respecto a la seguridad nacional... —mientras hablaba, iba dándole vueltas a un cenicero repleto de colas de película, papeles y colillas; Tony sabía exactamente dónde se encontraba cada objeto en su despacho.

—Empieza otra vez, ¿quieres, papá? —rogó—. ¿Dices que hace tres meses? ¿Y tan sólo ahora empiezas a preocuparte? ¿Tiene esta desaparición algo que ver con la muerte de Nancy?

—Debe de tenerlo —respondió su padre—. Justin se tomó un descanso de un mes por enfermedad; luego vino a trabajar durante diez semanas... y después se fue. Lo dejó todo limpio y arreglado en su despacho: quemó montones de papeles sin dejar el menor rastro, y se fue. Punto final.

Tony aguardaba la continuación. Algunos años antes, su padre había sido profesor de Justin. Luego, ambos trabajaron juntos.

—¿Comprendes lo que significa para un hombre recibir el apoyo financiero del Clark Institute para seguir estudios personales? —preguntó su padre; y, al ver que ella agitaba negativamente la cabeza, prosiguió—: Bien, te lo diré. Yo nunca he obtenido esa subvención, mientras que hace diez años se la dieron a él. A los treinta y cuatro años, dispone de unos medios enormes; puede hacer un uso ilimitado del ordenador. Eso es lo que significa.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Tony.

—No puedo decírtelo. Asistía a algunas sesiones, como todos nosotros; pero, fuera de eso, era completamente independiente. Y, al irse, ha puesto tal orden en sus *dossiers* que nadie puede saber qué ha quedado de su trabajo —el padre de Tony encendió otro cigarrillo y lo apagó casi inmediatamente—. Quieren que vuelva a su puesto —dijo—, o que se deje internar en un hospital si realmente es víctima de una depresión nerviosa.

—Has hablado de un peligro para la seguridad nacional... ¿Justin? —preguntó Tony, mirándole con aire incrédulo.

—Sé que él no tiene nada que ver con eso, y tú lo sabes también. Pero la gente del Servicio de Seguridad acostumbra pensar mal. Un hombre no se marcha así si simplemente quiere abandonar su empleo. Presenta su dimisión, y se retira de un modo correcto.

—Como de costumbre, están metiendo la pata —dijo la joven.

—Escucha, Tony —prosiguió su padre—. Justin tiene serios problemas. No estoy bromeando: estoy convencido de ello. ¿Y si tuvo realmente una depresión nerviosa tras la muerte de Nancy? ¡Dios mío! ¡Tenía bastantes motivos para desmoronarse! No quiere o no puede decir dónde fue durante las cinco semanas de descanso que se tomó tras aquel drama. Afirma que simplemente condujo su coche a través del país, sin un destino determinado, y que no recuerda ni dónde fue, ni dónde vivió, ni siquiera a quién pu-

do ver Y le creo: es exactamente como actuaría él. Pero si uno mira las cosas con ojos suspicaces, todo esto parece de pronto extraño.

Tony atrajo el cenicero hacia ella y empezó a pensar intensamente en Justin.

—¿Trabajaba en algún proyecto que pudiera despertar el interés de los militares? —preguntó—. Sabes que habría dimitido si se hubiera dado cuenta de ello. Siempre había dicho que lo haría.

Su padre agitó negativamente la cabeza.

—Trabajó siempre en aquello para lo cual había pedido una subvención.

—Entonces, ¿qué es lo que te ha decidido a venir aquí, ahora? —insistió ella—. ¿Ha ocurrido algo que haya hecho tu visita necesaria?

Su padre agitó de nuevo la cabeza.

—Justin no quiso hablar conmigo antes de irse —dijo—, y ahora he recibido la orden de mantenerme apartado de él. Se le vigila para saber si alguien entra en contacto con él, o si es él mismo quien entra en contacto con alguien. He recibido informes relativos a México. Su pasaporte está en regla; no encontraría la menor dificultad si decidiera marcharse hacia cualquier lugar del mundo. Pero no pueden dejarle hacer eso. Esta mañana he sabido que había alquilado los servicios de una agencia de detectives para hurgar en su propio pasado. Su pasado, el de sus padres, y los antecesores de otros investigadores como él. ¡Tony, esto se parece cada vez más a una depresión nerviosa!

La joven inclinó la cabeza.

—Pero ¿por qué vienes a verme a mí? ¿Qué crees que puedo hacer yo?

—Hablarle. Tiene confianza en ti.

Ella negó con la cabeza y sintió que sus mejillas ardían. Murmuró, muy lentamente:

—Yo no existo para él. Nunca he existido.

Su padre se inclinó hacia delante y la miró serenamente.

—Tony —dijo—, tú siempre le has querido: se te nota cada vez que alguien menciona su nombre. Escucha, pequeña: la policía no le dejará abandonar el país. Si piensan que alguien le ha comprado, Justin se arriesga a ser víctima de algún fatal accidente. Si la policía considera que lo que tiene es una depresión nerviosa, lo hará hospitalizar y «curar», o lo mantendrá encerrado durante quién sabe cuánto tiempo. Por el contrario, si estiman que simplemente ha llegado al límite de sus fuerzas, que no constituye ningún peligro o una amenaza para sí mismo o para los demás, quizá lo dejen tranquilo. Pero es preciso que sepan a qué atenerse. Si Justin decide irse a México, la policía se verá obligada a hacer algo.

Tony se sintió helada. Su padre se levantó y le puso una mano en el hombro; luego se giró para mirar hacia la pared cubierta de fotografías.

—Te he preocupado, ¿verdad? —dijo—. Esa era precisamente mi intención. Yo también estoy preocupado. Estoy preocupado por él, Tony.

—No puedo irme de aquí inmediatamente —dijo la joven, que sentía unos deseos imperiosos de llorar, de gritar, de maldecir—. ¡No puedes llegar de repente y esperar que haga mis maletas para irme al minuto siguiente! Tengo trabajo aquí. Una película que debe quedar lista esta tarde. Representa mucho para mí y para toda la gente que has visto en el estudio —se interrumpió bruscamente, dándose cuenta de que estaba buscando excusas.

—Debo irme esta misma tarde —dijo su padre—. Nadie sabe que he venido. Justin no necesita saber que te he visto. Está en la cabaña al borde del mar.

—En Massachusetts —murmuró Tony. Ambos comprendían que el asunto había quedado zanjado.

—Tony —dijo su padre con voz muy lenta—, sabes que no te enviaría a su encuentro si no estuviera desesperadamente preocupado.

La joven inclinó la cabeza con resentimiento.

—Y tú sabes que me partiría la cabeza para hacer cualquier cosa que tú me pidieras.

—Llámame tan a menudo como puedas —recomendó él—. Dime cómo se encuentra, qué hace, todo... ¡Dios sabe lo que representará para él que acudas en su ayuda!

Atravesaron el estudio. Mientras caminaban, la joven se iba diciendo que, trabajando sin descanso, tendría aún tiempo de dejar listo el filme en el plazo fijado y tomar inmediatamente el avión. Besó a su padre, y regresó para encontrarse con Morris a sus talones. Morris era el productor. Hubiera querido ser también el guionista y el operador, pero ella se había reservado esos cometidos.

—¡Despégate de mis pies, pelma! —le gritó furiosamente—. ¡Ve a buscar hamburguesas, café, bocadillos de jamón, lo que quieras para alimentar a toda esa gente! ¡Y, sobre todo, no me molestes! —se sentó ante su mesa de montaje y olvidó casi inmediatamente a su padre y a Morris, incluso olvidó al propio Justin.

A las once y media, pagaba al chófer del taxi que la había conducido hasta la cabaña. Era una «cabaña al borde del mar» tan sólo porque la familia de Tony la había llamado siempre así. Su bisabuelo había hecho construir la casa en 1870 y, luego, cada cual había ido añadiendo alas... hasta tal punto que ahora se parecía a una de esas casas que construyen los niños con sus juegos de arquitectura. Tenía casi en su totalidad dos pisos de altura, con multitud de chimeneas y extrañas ventanas, todas ellas completamente oscuras. El aire era limpio y fresco. Tony respiró profundamente el olor del mar, aunque no pudiera verlo.

Se sentía contrariada y furiosa de antemano por la pena que iba a sentir ante el espectáculo de aquella casa vacía. Notaría el frío y la humedad, quizá no hubiera corriente eléctrica, y por supuesto no habría teléfono. Al menos, esperaba encontrar madera para encender el fuego.

Abrió la puerta, metió su maleta por la abertura y empujó la puerta a sus espaldas con el pie. La puerta se cerró con un chasquido, las luces se encendieron, y ella dejó caer su maleta al suelo.

—¡Tony! ¿Eres tú? —dijo una voz.

—¿Quién está ahí? —preguntó ella—. ¿Justin? —durante algunos minutos no pudo distinguir nada; luego, viniendo del oscuro pasillo, Justin emergió a la luz—. ¡Justin! —exclamó la joven—. Creía que no había nadie; ¡me has dado un buen susto!

—Lo lamento, Tony —dijo él—. También es una sorpresa para mí verte aquí. —Estaba mucho más delgado que la última vez que lo había visto, en los funerales de Nancy. Tenía cabellos y ojos oscuros, que evocaban una ascendencia española o mediterránea. De estatura superior a la media, su actual delgadez era realmente inquietante.

—¿Qué haces aquí? —dijeron ambos al mismo tiempo; se echaron a reír, y la joven cerró el cuello de su abrigo exclamando—: ¡Estoy helada! ¿Hay algo para beber? ¿Café, por ejemplo?

—Te prepararé un café con whisky. ¿Te apetece? —Tony lo siguió hasta la cocina, escuchando el ruido de sus pasos repercutir en la vacía casa. Las alfombras que habitualmente cubrían el suelo habían sido cuidadosamente enrolladas y retiradas durante el fin de semana del Día del Trabajo.

La joven empezó a entrar en calor mientras sorbía su hirviente café.

—¿Te encuentras bien, Justin? —preguntó—. Pareces enfermo.

—Me encuentro muy bien —respondió él—. Pero, dime, ¿qué haces tú aquí. ¿Sabes que es más de medianoche?

—Escucha, Justin. Ya sabes que me dedico a hacer películas. Conseguí persuadir a una agencia de que me dejaran presentar una como ensayo. Gasté todo el dinero que pude reunir para hacer ese filme exactamente tal como yo lo quería. Y a la agencia le gustó. ¡Justín! Me han ofrecido

un contrato para un cortometraje de veinte minutos. Justin, tú no sabes lo que eso significa para mí. Ya no he podido contenerme más: he tenido que irme durante algún tiempo... hasta la firma del contrato. La cosa será dentro de diez o quince días, me han dicho. Entonces podré pagar a gente que me ayude, un alquiler... —se interrumpió bruscamente y lanzó un profundo suspiro—. Perdóname —dijo, ya más calmada; por increíble que pudiera parecer, se daba cuenta de que había olvidado..., olvidado que era su padre quien la había enviado allí, que no había venido por sí misma; sintiéndose enrojecer, se llevó la taza a los labios.

—Eso es magnífico, Tony —dijo Justin—. Realmente maravilloso. Tu padre debe de estar orgulloso de ti.

—Aún no sabe nada —murmuró ella—. Le llamaré dentro de dos o tres días —Justin la miraba con una ligera sonrisa, como si no prestara excesiva atención ni a ella ni a lo que decía, sino que estuviera escuchando otra cosa—. ¿Te molesta que yo esté aquí? —preguntó con tono vacilante—. Quiero decir... tú llegaste primero. ¿Preferirías estar solo?

—No tiene ninguna importancia —respondió Justin; después la miró, sonrió, esta vez abiertamente, y repitió—: Ninguna importancia. Estoy contento de que estés aquí, y de que te haya ocurrido algo agradable.

Más tarde, en su cama, hundida bajo un edredón grueso, pero ligero como la nieve, cálido y agradable, ella pensó de nuevo en aquella sonrisa que había iluminado el rostro de Justin. Era un introvertido; sonreía raras veces, pero cuando lo hacía su sonrisa era franca y espontánea. Cuando dirigía su atención hacia algo, lo hacía con una seriedad mayor que nadie en el mundo. Acurrucada en su cálida y blanca cama, Tony no tardó en sumergirse en el sueño. En dos o tres ocasiones, creyó oír los pasos de Justin resonar por la vieja casa.

Durmió largamente, y se despertó para encontrar la habitación inundada por el sol. Cuando bajó, vio que Justin estaba en el porche contemplando el océano.

—Buenos días —dijo ella—. ¡Qué magnífico día!

—Sí, hace un buen día —respondió él—. Estaba por bajar al pueblo a comprar leche y huevos, pero he preferido esperar para saber si necesitabas algo.

—Voy contigo —dijo ella.

—¿No quieres desayunar antes?

Ella negó con la cabeza.

—Dame tiempo para ponerme un jersey... Aunque, ¿crees que lo voy a necesitar?

—No, creo que no.

Tony se puso alegremente en camino a su lado, imaginando que era su amiga, su prometida, su esposa. Hubiera querido adelantar su mano y tomar la de él. Hubiera querido no tener más de doce años, o no ser la sobrina de Nancy, ser simplemente una mujer que él hubiera encontrado en algún lado, en su camino. Pero todos esos deseos no eran más que cosas fugitivas. Tenía bastante con que el sol fuera cálido, la brisa suave, y que Justin estuviera a su lado. De pronto, él se detuvo y señaló con la mano una pequeña vela de color naranja que parecía volar por encima de la superficie del agua. Ambos la miraron durante un momento, y luego prosiguieron su marcha.

—Me he preguntado si es razonable que te quedes aquí —dijo finalmente Justin—. He llegado a la conclusión de que es mejor que te vayas hoy mismo.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Tienes miedo de que la gente murmure?

—No he pensado en eso —dijo él—. Sin embargo, es un hecho a considerar. Lo que me inquieta principalmente es que podrían interrogarte. Y, si hubiera problemas, tú te encontrarías mezclada en ellos.